

uno por uno, comenzando por las primeras juntas de los pies. Y al momento fué ejecutado el bárbaro destroz, en el cual el santo mártir no hizo otra cosa que bendecir á Dios; y cuando se le redujo á un solo tronco sin brazos ni piernas, mirando sus miembros esparcidos por el suelo, dijo: — O miembros felices, que habeis merecido servir á la gloria de vuestro Dios! Nunca os amé tanto como ahora que os miro separados de mi cuerpo, pues ahora me reconozco todo de Jesucristo, como siempre habia deseado. — Y vuelto despues á los circunstantes que eran idólatras, les dijo: Sabed que es cosa fácil el sufrir todos estos tormentos al que tiene delante de los ojos la vida inmortal con que premia Dios á sus servidores. Reconoced á mi Dios que me alienta en medio de estos acerbos dolores; y abandonad á vuestras falsas deidades, que no pueden daros ayuda en vuestros apuros. El que muere por el verdadero Dios, conquista la verdadera vida; yo por este breve suplicio voy á vivir con mi Dios eternamente, sin temor de perderle jamás. Y así diciendo, rindió tranquilamente el alma á su Redentor el dia 14 de enero. Este martirio llenó de confusion á los idólatras, é inspiró un grande deseo á los cristianos de dar la vida por Jesucristo, los cuales recogieron aquellos miembros esparcidos del santo mártir, y les dieron los honores del sepulcro con la mayor veneracion.

§ XXI.

S. JUSTINO.

1. San Justino fué un santo que dió mucha gloria á

la Iglesia. Con sus doctos escritos la defendió contra los judíos, contra los gentiles y contra los hereges. Presentó ademas á los emperadores y al senado Romano dos apologías en las que demostró la inocencia de los cristianos, y que todos los delitos que los paganos les atribuian eran meras calumnias. Con la santidad de su vida y con la eficacia de sus instrucciones convirtió muchos infieles, y por fin, coronó la gloria de sus dias con un generoso martirio.

2. Nació S. Justino al principio del segundo siglo en Nápoles capital de la Samaria, de padres griegos é idólatras. Despues de haber estudiado humanidades, sintióse ya ardientemente inspirado á conocer el sumo bien. Afanóse en indagar esta primera verdad en los Estóicos, luego en los Peripatéticos, despues en los Pitagóricos, y finalmente en los Platónicos; pero ninguno de estos filósofos le satisfizo. Dios se habia reservado el llenar sus deseos por medio de un prodigio. Paseándose cierto dia por un lugar solitario á donde habia ido para entregarse con mas calma á la meditacion, encontróse con un anciano venerable, el cual le dijo, que si deseaba llegar al verdadero conocimiento de Dios, habia de dejar á los filósofos, y empezar á leer los Profetas que en las divinas Escrituras manifestaron á los hombres los misterios de Dios, y anunciado á Jesucristo su Hijo, por cuyo medio puede únicamente llegarse á conocer el verdadero Dios. — Mas antes de todo, añadió el viejo, debes pedir á Dios que te ilumine; pues tales misterios no pueden ser comprendidos sino por aquellos á quienes Dios da la luz necesaria para conocerlos. — Y dichas estas palabras desapareció de sus ojos.

3. Despues de esta conversacion, Justino se aplicó enteramente á la lectura de las sagradas Escrituras, en cuya divina fuente bebió con abundancia aquellos conocimientos que le hicieron abrazar la fé y recibir el bautismo cerca el año 132, cuando estaba á los treinta de su edad. Y á esta resolucion confesaba él haber contribuido mucho el ver la constancia de los mártires, que en medio de los tormentos se mostraban tan fuertes en dar la vida por Jesucristo. Desde aquel tiempo, pues, se consagró exclusivamente al amor del crucificado y al bien de la religion. Tomó el sacerdocio, y se dedicó en convertir desde luego á los infieles y á los hereges, creyéndose elegido por Dios para defender su Iglesia, y así decia : — Como Dios me ha hecho la gracia de entender las santas Escrituras, me ocupo en darlas á conocer á los demas, no sea que Dios me condene cuando me juzgue por haber faltado á este deber. Dispuesto estoy, dice en otro lugar, á manifestar la verdad, aunque debiesen hacerme pedazos.

4. Habiéndose trasladado á Roma logró instruir á mucha gente en los dogmas de la fé, y allí compuso y presentó cerca el año 150 al emperador Antonino Pio y al senado su primera Apología, en donde mostró la verdad de la religion y las virtudes que profesaban los cristianos, añadiendo que muchos de ellos habian guardado el celibato hasta la edad de 60 y de 70 años. — « Nosotros, decia, no abrazamos el matrimonio con otro objeto que el de la procreacion de los hijos, ó vivimos en perpetua continencia. » Añadia que la única esperanza de los cristianos era la vida eterna que esperaban, por los méritos infinitos de la muerte de Jesucristo. Hablando despues de la verdad de la fé cristiana,

referia las profecías que tantos siglos antes habian vaticinado las cosas que eran el objeto de la creencia de los fieles, profecías consignadas en los libros mismos tan solícitamente conservados por los mismos judíos, enemigos de los cristianos. « Nosotros vemos, decia el santo, confirmadas en nuestros tiempos aquellas profecías, con el nacimiento de Jesucristo del seno de una Virgen, con la predicacion del mismo, con sus milagros, con su pasion, resurreccion y ascension al cielo ; con la reprobacion de los judíos, con la destruccion de Jerusalem, y conversion de los gentiles ; y por fin, con el establecimiento de la Iglesia por todo el mundo. Estas profecías, añadia el santo, tan puntualmente cumplidas, nos convencen que Jesucristo es el verdadero Hijo de Dios, que un dia ha de venir á juzgar á todos los hombres como estaba predicho, y como nosotros creemos. »

5. Aunque la Iglesia en aquellos tiempos tuviese ocultos á los gentiles sus sacrosantos misterios, con todo, S. Justino creyó oportuno explicárselos, para destruir las inicuas sospechas de incestos ocultos y de infanticidios que se acumulaban á los cristianos : y por esto, despues de haber explicado la sagrada ceremonia del Bautismo, explica el misterio de la Eucaristía, y dice : « Preséntase en seguida pan y un cáliz con vino y agua al que preside la asamblea, el cual en nombre del Hijo y del Espíritu Santo rinde gloria al Padre, y por tales dones le da gracias que ratifica todo el pueblo con la palabra : *Amen*. Terminadas así las preces, las alabanzas y acciones de gracias, los diáconos toman el pan y el vino, mezclado con el agua, sobre los que se profirieron aquellas sagradas oraciones, y despues de haberlo distribuido entre los presentes lo llevan tambien

á los ausentes. A este alimento llamamos *Eucaristia*, del cual nadie puede ser partícipe sin creer en nuestra doctrina y estar purificado de sus culpas y reengendrado en el celeste baño. No es esto un pan ó una bebida comun, sino que, así como en virtud de la divina palabra, Jesucristo Salvador nuestro se formó de carne y sangre por nuestra salud, asimismo, aquel alimento que sirve para nuestra nutricion, sabemos que en virtud de aquellas oraciones que contienen sus palabras divinas, es la carne y la sangre del mismo Verbo encarnado. » Ved ahí, pues, como en el dia se cree en la Iglesia católica aquello mismo que fué observado y creído desde el tiempo de los Apóstoles, inmediato al cual vivia S. Justino.

6. Espone tambien S. Justino como celebraban los fieles sus piadosas reuniones en los dias festivos. — « En el primer dia de la semana, llamado *del Sol* (este nombre daban al domingo los paganos) se celebra en el mismo lugar una reunion general, y si el tiempo lo permite, se leen los escritos de los profetas y los comentarios de los Apóstoles. Acabada la lectura, el presidente hace una exhortacion al pueblo para escitarle á que imite á tan dignos modelos. Levantámonos despues todos juntos, y nos ponemos en oracion, despues de la cual se presenta, como ya se ha dicho, el pan, el vino y el agua, sobre los cuales el obispo ó sacerdote reza las oraciones y hacimientos de gracias, y el pueblo responde : *Amen*. Y finalmente los diáconos hacen la distribucion de aquellos dones consagrados. Los mas ricos hacen libremente alguna oblacion, que el presidente distribuye entre las viudas, pupilos, enfermos, encarcelados, peregrinos ú otros que están en necesi-

dad. El motivo de congregarnos en el dia del Sol es porque este fué el dia primero en que Dios crió el mundo, y en igual dia Jesucristo nuestro Salvador resucitó de la muerte á la vida. » Créese que esta Apología de S. Justino, si no hizo cesar del todo la persecucion, á lo menos la debilitó y retardó en el ánimo del emperador Antonino, como se colige de una carta suya que poco despues escribió en favor de los cristianos á las ciudades del Asia menor. Esta carta la inserta Eusebio de Cesarea.

7. A la sazón compuso el Santo muchas obras en pro de la religion cristiana, contra los Marcionitas, contra los Valentinianos, y contra el judío Trifon, rebatiendo la perfidia de los judíos. (1) Habiendo sucedido en el imperio Marco Aurelio á Antonino, volvió á encenderse la persecucion. Cierta filosofastro declamaba osadamente en Roma contra los cristianos. Llamábase Crescente y pertenecía á la secta de los Cínicos. A este se opuso san Justino, convenciéndole muchas veces públicamente de refinada malicia y crasa ignorancia de las cosas de los cristianos. Luego dió á luz una segunda Apología, y la presentó al emperador, dedicada principalmente á defender la religion contra las calumnias de Crescente, y de otros filósofos que la perseguian.

(1) S. Justino, dice el Sr. de Chateaubriand, defendió la causa de los Cristianos despues de Cuadrato y Aristides : su estilo es sin adorno, y las actas de su martirio manifiestan que derramó su sangre por la Religion con la misma simplicidad con que escribió en favor suyo. Atenágoras empleó mas sabiduría en su defensa ; pero no tiene el modo original de Justino, ni la impetuosidad del autor del *Apologético*, Tertuliano. El que quiera enterarse mejor del espíritu y carácter de los escritos de S. Justino, puede verlo en el estudio que hicimos de algunos Padres de la Iglesia, en la primera serie del periódico *la Religion*, pág. 82 y siguientes. — *Nota del Traductor.*

En esta segunda Apología nos refiere un hecho sucedido en aquel entonces de una cierta muger incontinente que tenia un marido incontinente tambien; mas la muger, despues de haberse convertido al cristianismo, hizo cuanto pudo para retraer al marido del lodazal de los pecados; mas él, en vez de enmendarse, la acusó al prefecto como cristiana; y porque la habia convertido un hombre llamado Tolomeo, acusó tambien á este, el cual, habiendo confesado ser cristiano delante del prefecto, fué condenado á muerte. A estas inicuas sentencias hallóse presente otro cristiano llamado Lucio, el cual dijo al prefecto Urbico: — ¿Y con qué conciencia, Urbico, condenas á un hombre que no es reo de otro delito sino de ser cristiano? — Y oyendo entonces el prefecto que Lucio era tambien cristiano, le condenó al mismo suplicio. Presentóse un tercer cristiano, y fué tambien condenado á muerte.

8. Poco tiempo despues fué tambien preso S. Justino con seis otros cristianos de su comitiva. Presentado el Santo al prefecto de Roma llamado Rústico le exhortó este á obedecer los edictos imperiales. Respondió que no puede ser reprendido ni condenado el que obedece los preceptos de Jesucristo nuestro Salvador. Preguntóle despues el prefecto á que género de erudicion se habia dedicado, y contestó el santo que primero habia procurado saber las doctrinas de varias sectas, pero que finalmente habia abrazado la doctrina de los cristianos, aunque repugnase esta á los que estaban imbuidos en el error de falsas opiniones. — ¿Tú pues, desdichado, añadió el prefecto, te deleitas en esta especie de erudicion? — Respondió Justino: — Sí, y en ella hallo yo el camino de la verdadera doctrina. — ¿Y cual es esta

doctrina? — La recta doctrina que profesamos consiste en creer en un solo Dios Criador de todas las cosas visibles é invisibles, y en confesar que Jesucristo es verdadero Hijo de Dios, anunciado ya por los profetas, que predicó la salud á los hombres, y que es maestro de cuantos tienen la dicha de seguir sus divinos preceptos. Pero ni mi mente puede concebir, ni mi boca espresar cosa alguna que sea digna de su magestad infinita. Para esto seria necesario el entendimiento y el espíritu de los profetas, que inspirados por Dios, predijeron su venida al mundo. — Preguntóle despues el prefecto en donde solian reunirse los cristianos, y le respondió Justino: — Cada uno se reúne donde quiere y donde puede: ¿crees tú quizás que todos nos reunimos en un mismo lugar? El Dios de los cristianos no está circunscrito en lugar alguno, es indivisible y llena los cielos y la tierra, y en todo lugar es adorado y ensalzado por los cristianos. — Mas yo quiero saber, replicó Rústico, en donde os reunís tú y tus discípulos. — En cuanto á mí, respondió el santo, habito en el baño llamado Timiotimo. Esta es la segunda vez que he venido á Roma, y casi no conozco otro lugar de la ciudad, y si alguno viene á encontrarme, estoy siempre pronto á instruirle en la verdadera doctrina. — ¿Con que tú eres cristiano? concluyó el prefecto. Y el Santo: — Así es, yo soy cristiano.

9. Entonces dirigióse el prefecto á los demas compañeros de S. Justino, y les fué preguntando uno por uno acerca de su fé, y todos confesaron ser cristianos, y que estaban prontos á morir por Jesucristo. Y despues dijo Rústico á Justino: — Dime tú, que crees poseer la verdadera sabiduría, ¿si despues de ser crudamente

azotado se te corta la cabeza, estás persuadido que volarás al cielo? — Y respondió el Santo : — Espero que sufriendo estos suplicios, conseguiré el premio preparado á los que observan los preceptos de Cristo : — Y replicó el prefecto : — ¿Tú pues estás en la opinion de ir al cielo? — Y dijo el Santo : — No estoy en opinion, sino que tengo de ello una seguridad de certidumbre que escluye toda duda. — Y vuelto el prefecto á todos aquellos confesores de Jesucristo, les dijo por fin : — Ea, vamos, unios todos y sacrificad á los dioses. — Y respondió por todos S. Justino : — Ningun hombre de sano juicio abandona la piedad para precipitarse en la impiedad. — Mas, si no obedecéis, sereis sin piedad atormentados. — Y S. Justino : — Esto es cabalmente lo que con el mayor ardor deseamos, sufrir tormentos por el amor de Jesucristo, y obtener así la salvacion. De este modo nos presentaremos con semblante risueño al tribunal de nuestro mismo Salvador, ante el cual debe comparecer todo el mundo indefectiblemente. Lo mismo dijeron todos los demas mártires, añadiendo : — Ejecuta presto lo que te plazca, pues todos nosotros somos cristianos, y jamás sacrificaremos á los ídolos.

10. Y oido esto por el prefecto, pronunció contra ellos esta sentencia : Estos que no han querido sacrificar á los dioses, ni obedecer la voluntad del emperador, serán primero azotados, y despues les será cortada la cabeza, con arreglo á las leyes vigentes. — Y así, los santos mártires fueron conducidos al suplicio, en donde, despues de una dolorosa flagelacion, fueron decapitados, y gloriosamente recibieron la corona del martirio en el año 167 ó en el siguiente. Sus cuerpos fueron tomados furtivamente por algunos fieles, y recibieron de-

corosa sepultura. Ruinart y Tillemont refieren las actas de estos santos mártires.

§ XXII.

SANTA AGATA.

1. Célebre se ha hecho entre Latinos y Griegos esta santa mártir, y si bien no han llegado hasta nosotros las actas de su martirio, sin embargo han quedado de ella tales memorias, como observan los Bolandistas, Surio y otros, que son dignas de todo crédito. Dedúcese de estas, que esta santa nació en Sicilia de nobles y ricos padres. Además, que estaba dotada de singular hermosura, y que tantas prendas reunidas le atrajeron el amor de Quinziano, gobernador llamado entonces *consular* de la Sicilia, el cual resolvió tomarla por esposa. Y habiendo á la sazón publicado ya el edicto del emperador Decio contra los cristianos, mandó que Agata, como cristiana, fuese conducida á su presencia en la ciudad de Catania, en donde él residía.

2. Oyendo la santa vírgen las órdenes publicadas contra los cristianos, se habia retirado á un lugar desconocido, para librarse de las asechanzas de Quinziano, de que habia tenido ya antes alguna noticia. Mas allá en su retiro la encontraron los ministros del gobernador, y al verse puesta en sus manos, hizo esta deprecacion : — Jesucristo, mi Señor y árbitro del universo, ya veis mi corazon, y sabéis el deseo que tengo de que solo vos me poseáis, pues toda á vos me he consagrado : conservad, ¡ay! mi resolucion contra los intentos de este tirano, y hacedme digna de vencer al demonio, que

me está asechando el alma. — Quinziano, cuando se le condujo la santa, para triunfar de ella con mas seguridad, la confió á una infame muger llamada Afrodísia, que hacía pública profesion de impureza, con otras nueve muchachas que tenia en su escuela de impiedad. La morada en aquella casa infame fué para la santa mas penosa que la de la cárcel mas oscura y hedionda de la tierra. Allí se apuraron todas las tretas de Afrodísia y de sus infames discípulas, á fin de que la santa cediese á los deseos impuros de Quinziano; pero Agata, que desde su infancia se habia consagrado á Jesucristo, y se sentia fortalecida por su socorro divino, se mantuvo firme en resistir.

3. Y sabiendo Quinziano, que de nada habian servido por un mes continuo todas las tentativas de Afrodísia, mandó conducir la santa á su presencia. Y cuando la tuvo delante, le echó en cara, que siendo libre y noble se hubiese dejado seducir hasta abrazar la humilde servidumbre de los cristianos. La santa vírgen confesó con intrepidez ser cristiana, añadiendo, que no conocia nobleza mas ilustre, ni libertad mas verdadera que el ser sierva de Jesucristo. Y para hacer entender al gobernador cuan infames eran las deidades que él adoraba y que queria hacerle adorar, le preguntó si hubiera querido que su muger fuese una prostituta como Venus, y él tuviese como Júpiter la fama de adúltero é incestuoso? Indignado Quinziano con semejantes reproches, la hizo azotar atrocemente, y la mandó despues llevar á la cárcel. Al dia siguiente se la hizo presentar de nuevo, y le preguntó si habia pensado en salvar su vida, y respondió la Santa: — Jesucristo es mi salud y mi vida. — Entonces el gobernador mandó que fuese puesta en el tormento, y como viese que no la conmo-

vian los tormentos, mandó que se la atormentase en los pechos, y despues que se le cortasen entrambos, lo cual se ejecutó con la mas bárbara crueldad.

4. Mandó despues Quinziano que la santa fuese encerrada de nuevo en la prision, sin aplicársele remedio alguno en las heridas, para que muriese allí de dolor; y realmente hubiera muerto, pero á media noche se le apareció el apóstol S. Pedro, que le curó perfectamente las heridas, y la dejó libre de dolor, y vióse en toda aquella noche resplandecer en la cárcel una luz extraordinaria, de modo que los guardias huyeron de espanto, y dejaron sin cerrar las puertas. Podia entonces la santa salir sin obstáculo de su prision y salvarse, como así se lo aconsejaban los demas presos; mas ella contestó que no queria perder con tal fuga la corona que deseaba y le estaba aparejada en el cielo.

5. Al contrario Quinziano, no haciendo caso del prodigio, antes bien con mayor saña, despues de cuatro dias pensó en atormentar la santa con nuevos suplicios: mandó que se la pusiese sobre grumos de tierra mezclados con carbones ardientes, pero ella lo sufrió todo sin alterarse; y mientras el tirano maquinaba tal vez afligirla con nuevos tormentos, viendo ya cercano la santa el término de su vida, hizo esta oracion: — Señor y Criador mio, que desde la infancia me habeis conservado, dándome fuerza para superar los tormentos, y arrancando de mi corazon el amor del mundo, ¡ah! recibid ahora mi alma, ya que ha llegado el momento de dejar esta miserable vida, é ir á gozar de vuestra misericordia. Y apenas hubo la santa acabado esta oracion, espiró tranquila, y voló á unirse con Dios para loarle y amarle eternamente.